

Sobre una aparente contradicción en los textos de Plotino

(*Enn.* V 4 (7), 2, 30 y *Enn.* VI 4 (22), 10, 18)

El estudio de las *Enéadas*, siguiendo el orden cronológico de su producción según nos lo trasmitiera Porfirio¹, es siempre provechoso². Pero si semejante procedimiento se pone en obra contrastando el desarrollo paralelo de las lecciones de Plotino, con algunos de los componentes históricos que han integrado su contorno escolar inmediato, por ejemplo, los gnósticos, la investigación adquiere mayor eficacia probatoria. Finalmente, si el examen así encuadrado se basa específicamente sobre los indicios de la polémica antignóstica que revelan las *Enéadas*, averiguables tempranamente en los cursos de la escuela, que se robustecen durante el curso de los años 265/266 y que estallan en su esplendor en *Enn.* II 9 (33), para sólo dejar cenizas en los tratados posteriores³, el planteo asume no sólo características inéditas, sino que asimismo, nos parece, permite rescatar para la historia de las ideas aspectos de los textos enneádicos que todavía descansaban en la sombra.

El examen de los textos del epígrafe, por consiguiente, se moverá entre los treinta y tres primeros tratados de las

1 Cf. Porfirio, *Vita Plotini*, 4-6.

2 Empresa que con dudoso éxito acometió F. H. Heinemann, *Plotin. Forschungen über die platonische Frage, Plotins Entwicklung und sein System* (Leipzig 1921), y a la que exhortan razonablemente H.-Ch. Pueh y E. R. Dodds, ver, p. ej., de este último autor, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety* (Cambridge 1968) p. 25, n. 5.

3 A falta de la tesis inédita del autor sobre *Plotino y la Gnosis*, cf. H. Ch. Puech, 'Plotin et les gnostiques', *Les Sources de Plotin* (Genève 1960) 183-84.

Enéadas, ya que de por sí son los estrictamente suficientes para fundamentar nuestra tesis y sólo más tarde echaremos mano de algunos testimonios gnósticos, sin la menor intención, se anticipa, de prejuzgar sobre la identificación de los personajes históricos combatidos por Plotino, sino sólo para ilustrar la verosimilitud de nuestras conclusiones, apuntando cómo algunos de los elementos en cuestión se registran entre ellos.

Adelantamos en síntesis, antes de la demostración, el problema y su solución.

En uno de los primeros tratados enneádicos, *Enn.* V 4 (7), 2, 30, Plotino afirma que el calor es la imagen del fuego (a semejanza con la Inteligencia que lo es de lo Uno —1 s. 25-26—), pero años después, en *Enn.* VI 4 (22), 10, 18, el maestro neoplatónico vuelve a declarar taxativamente que «el calor no es una imagen del fuego». Contradicción clara, pues, a primera vista o retractación ideológica de la que Plotino no ha dado razón. En tal caso, una de dos, o Plotino se olvidó de lo que antes escribió o lo quiso olvidar sin aclararlo. Y ciertamente así podría zanjarse nuestra dificultad de ser las *Enéadas* meros textos inertes.

Pero la realidad es muy otra, y estos escritos son (cierto que no siempre del mismo modo), el reflejo dinámico de las clases que los precedieron ⁴ y es esta sencilla comprobación la que nos orienta para poder comprender internamente ambos textos en examen, no ya como una contradicción o retractación, sino como una autocorrección de Plotino que toca a la forma, pero no al fondo de la imagen literaria empleada y que esta precisión del lenguaje se le hizo necesaria al neoplatónico en relación con el contacto dilatado y persistente que sostuvo en Roma, y probablemente antes ⁵, con algunos gnósticos, primero en forma amistosa y después polémica, ya que la dicha expresión en su primera modalidad de acuñación, daba pie a una libre interpretación gnóstica del concepto de imagen ontológica propia de Plotino, en una varian-

4 Puede verse en general E. Bréhier, *Ennéades*, I, Int., p. XXX ss.

5 Resulta así iluminadora la observación hecha de paso por A. Orbe en 'La mediación entre los valentinianos', *Studia Missionalia XXI* (1972) 274 y n. 40.

te totalmente ajena a su modo de exégesis platónica y que, razonablemente, rechazaba.

Es decir, que el sentido y la justificación del doble uso de la expresión plotiniana del fuego/calor, primero afirmada y después negada, tiene que ver en ésta, como en otras oportunidades, con un esfuerzo de rigor terminológico al que se ve Plotino obligado en sus, por momentos, ambiguas relaciones con los gnósticos. Veamos los textos ⁶.

Enn. V 4 (7), 2, 27-33 y específicamente las líneas 30-33, es la primera cita útil para nuestro propósito y reza: «Hay el acto que es la esencia y el que es a partir de la esencia de cada cosa; y el de la esencia es cada cosa misma como acto, pero el acto que deriva de éste, debe ser el que sigue por necesidad a cada cosa, aunque siendo diferente de ésta; por ejemplo, sucede igualmente en el fuego, hay un calor que complementa la esencia y a partir de éste otro que llega a ser ahora, mientras aquél ejerce el acto connatural a la esencia en su permanencia como fuego».

Se distingue aquí un calor en el fuego y otro que parte del fuego, confirmando lo dicho poco antes en V 4, 1, 23 ss., a saber, que todos los seres llegados a su perfección no pueden quedar en sí y, por sobreabundancia, engendran otro ser: «ὄλον τὸ πῦρ θερμαίνει, καὶ φύγει ἑγγύθον, καὶ τὰ πάριμαζα δὲ εἰς ἄλλο ἐργάζεται οὖν αὐτὰ - πάντα τῆν ἀρχὴν κατὰ δόναμον ἀπορροούμενα...» (ls. 31-33).

Aquí, se sobreentiende, el calor resulta ser la imagen del fuego. Pero no es muy diferente *Enn.* V 1 (10), 6, 30-39: «Igualmente todos los seres, en tanto permanecen, producen necesariamente a partir de la esencia propia en torno a ellos una realidad que se les subordina... siendo, por decir, una imagen de los arquetipos de los que ha salido».

Elementos que también han sido anticipados en el mismo tratado. Así en 3, 9-10 se ha dicho que como hay en el fuego un calor que está en él y el que facilita a las demás cosas, así el Alma es imagen de la Inteligencia y la palabra expresada, imagen de la interior (ls. 6 a 8).

⁶ Según las *Plotini Opera*, I y II, ed. por P. Henry y H.-R. Schwyzer. Para *Enn.* VI seguimos utilizando a E. Bréhier, por no tener a mano *Plotini Opera* III, ya aparecido.

Hasta el momento, pues, Plotino es coherente. Mas, al final del capítulo 6 de este mismo tratado expresa con claridad la tesis fundamental que sostiene su teoría ontológica de la imagen, ampliando lo que conocemos sobre ella como lo que se sigue necesariamente de otra cosa, pero es diferente, a saber: modelo e imagen, o si se quiere de otra manera, ser que genera y generado, son por naturaleza inseparables, pues, «cuando lo que generó es lo óptimo, necesariamente (lo generado) está con él, al punto que está separado de éste sólo por su alteridad» (V 1, 6, 52-53) ⁷.

Más adelante, en *Enn.* I 2 (19), 1, 33-36, tenemos repetida la noción de «calor connatural» (=acto de la esencia; calor que constituye la esencia), para explicar ahora otro aspecto ontológico de la imagen de la relación modelo de la virtud/virtud, con lo que ésta última aparece formando parte de la segunda de las semejanzas señaladas en el capítulo 2, al comienzo. Relación inescindible modelo/imagen que es subrayada nuevamente, pero en este momento respecto del lenguaje, en el cap. 3, *in fine*. Pero aquí, por lo tanto, tampoco se hace patente ningún nuevo significado que permita un nuevo matiz aclaratorio para lo afirmado en *Enn.* V 4 (7), 2, 30-33, acentuado, sin embargo, al comienzo ⁸. Se repite, una vez más, una noción sabida, sin mayor problema.

Todo cambia, empero, en *Enn.* VI 4 (22), 10, 18, en donde tenemos la negación lisa y llana de lo dicho en *Enn.* V 4, 2 y V 1, 6, ya que aquí se dice: «Pero en cuanto a lo objetado sobre el fuego *debe decirse que el calor no es imagen del fuego*». Sin embargo, esta frase no posee autonomía significativa, se encuentra dentro de un contexto mayor que es una discusión y la explicación doctrinaria que unifica todos los elementos anteriormente desarrollados en este capítulo y que permite la autocrítica plotiniana, se encuentra en el final de VI 4, 9. De este modo el sentido del capítulo 10 (corte desafortunado de Ficino) ⁹ se muestra claramente polémico:

⁷ Exigencia de la imagen ontológica, además, que ya había sido hecha notar con la ilustración más aprobada del sol/luz en *Enn.* VI 9 (8), 9, 6 ss.

⁸ Intento de solución hacia el que finamente nos orientaba el P. Jesús Igal en su carta del 10.7.1974, al comentar mi art. sobre 'Plotino y el lenguaje de la metafísica', *Cuadernos de Filosofía* 19 (1973).

⁹ Ver, v. g., los cortes entre *Enn.* III 8, 10 y 11; V 8, 3 y 4; 5 y 6; 6 y 7 y 12 y 13; asimismo V 5, 8 y 9, etc.

Εἰ δὲ τις λέγοι ya *in initio* (en oposición al final de 9 y ello se confirma más adelante por el εἰ δὲ καὶ οὕτως —l. 22—).

De tal modo el significado nos resulta diáfano: la imagen, en sentido ontológico estricto, participa del modelo y exige, así, la permanente presencia de éste. La doctrina, para Plotino, se ejemplifica perfectamente con el comportamiento del reflejo en un espejo, en el agua o en la sombra. En efecto, sustraído el modelo desaparece, *ipso facto*, el reflejo. Pero los otros dos casos también citados, el del retrato y el del calor, no son tan felices, porque, se arguye en el espíritu del filósofo neoplatónico:

1.º La trinidad modelo, pintor, imagen, falsea en dos sentidos la doctrina plotiniana de la imagen, a) porque modelo y pintor son diferentes y b) porque lo pintado puede subsistir con independencia de su modelo.

2.º «Pero en cuanto a lo que se dice sobre el fuego, debe afirmarse que el calor no es una imagen del fuego, a no ser que alguno diga que también hay fuego en el calor; porque si es así, este tal producirá el calor sin fuego. Además, si (el fuego) no se da inmediatamente, entonces el cuerpo cesa de ser lo que ha sido caliente y se enfría, ya que el fuego se ha alejado» (ls. 17-22). Es decir, se especifica que el calor no es imagen del fuego en tanto se entienda a aquél como un sustrato caliente, no como irradiación calórica.

Por esto, a) si para mantener en el cuerpo de marras la calidez se dice que es un fuego, tendremos un fuego, pero no el calor y, por consiguiente, ninguna derivación del calor a partir del fuego, sino sólo fuego=calor; y b) separado el fuego, el cuerpo caliente se enfría, pero lentamente. Mantiene un calor efímero con independencia de su fuente calórica. Es esto último lo que distingue el sustrato caliente de la irradiación calórica y lo que lo transforma en una imagen aparente. Por lo tanto, la falencia del retrato y del calor (=sustrato caliente) como imágenes apropiadas, tiene la misma raíz: su capacidad de aparentar lo que no son. Es decir, lo imposible, imágenes separadas de su arquetipo.

Pues bien, de estas dos objeciones polémicas, una, la del retrato, puede ir dirigida contra los gnósticos, al par que la otra, la del calor, también puede orientarse contra ellos, pero,

en este caso, corrigiendo el maestro neoplatónico su propio lenguaje, para evitar exégesis infundadas.

Y son varios los textos que justifican esta interpretación, sin necesidad de salirse del marco de las *Enéadas* y estrictamente manteniéndonos dentro de la «gran tetralogía»¹⁰. El texto clave, en nuestro parecer, se encuentra en *Enn.* II 9, 8, 16 ss.: «Pero si lo que imita no es aquello, ello es así por naturaleza, porque de lo contrario no sería ya lo que imita. Pero es falso que la imagen tenga una disposición desemejante, porque no era posible que nada de lo que tiene aquello hubiera sido dejado de lado respecto de la imagen que es bella por naturaleza. En efecto, era necesario que la imagen no existiera a partir de un razonamiento y de un plan, porque no era posible que lo inteligible fuese último. Efectivamente resultaba necesario que su acto fuese doble, tanto en sí como asimismo en otro».

Necesidad ontológica de la adherencia inmediata modelo/imagen, a la que se encuentra una clara alusión antes en el mismo curso escolar, en *Enn.* V 8 (31), 12, al final: «Pero toda imagen es por naturaleza, en la medida en que su arquetipo permanece. Por esto no están en el recto camino los que, en tanto permanece lo inteligible, corrompen y generan (el mundo), como si alguna vez el que produce hubiera deliberado producir. En verdad, cómo sea el modo de semejante producción no lo quieren entender, ni saben que en tanto lo inteligible ilumina, lo demás no puede faltar, sino que existiendo aquél a partir del cual son estas cosas, igualmente existen ellas; además ellas existían y existirán. Se tienen, sí, que usar estas palabras por la necesidad de querer dar a entender estas cosas».

Por otra parte, cercanos a las aclaraciones de VI 4 (22), 10, se encuentran los reproches de *Enn.* IV 3 (27), 16, 22-25 y IV 4 (28), 30, 21-30¹¹. Nada de ello evita que en *Enn.* IV 3 (27), 10,

10 Para la unidad de *Enn.* III 8 (30); V 8 (31); V 5 (32) y II 9 (33), cf. R. Harder, 'Eine neue Schrift Plotins', *Hermes* 71 (1936) 1-10, y más recientemente, D. Roloff, *Plotin. Die Gross-Schrift III, 8 - V, 8 - V, 5 - II, 9* (Berlín 1970), y V. Cilento, *Paideia Antignostica* (Firenze 1971). Para su emplazamiento temporal en el curso de 265/266, J. Igal, *La cronología de la Vida de Plotino de Porfirio* (Bilbao 1972) pp. 98 a 104.

11 Pero también *Enn.* VI 5 (23), 8 en donde resulta inadmisibles pensar a la Inteligencia y a la materia en lugares separados; IV 3 (27), 6 y 9 a 13, sobre

30-31, Plotino repita tranquilamente lo que sabemos sobre el fuego y el calor.

Hechas patentes por el anterior razonamiento las ligaduras lógicas interiores a las mismas clases del filósofo neoplatónico, nos es permitido pasar al campo histórico helenístico más amplio.

Hay textos gnósticos que al consignar elementos similares a los tratados, al ser considerados externamente, también legitiman la opinión hasta ahora desarrollada. Así el *Anónimo de Bruce* dice que el Padre dibujó en el Eón Hombre el universo y que los Eones, imitando al Padre, reproducen entre ellos la chispa de luz¹². Y para tener en cuenta otros testimonios en relación con nuestros gnósticos y a falta de las versiones de los apocalipsis de Zostrianos¹³, del Extranjero y de Messós encontrados entre los manuscritos de Nag-Hammadi¹⁴, sorprendemos entre los peratas, *apud* Hipólito, *Elenchos*, V 17, 30-34 (Wendland, p. 114), el siguiente aserto: «Pero mejor, como el que pinta nada saca de los seres vivientes con su pincel, sino que al pintar transfiere todas las ideas en la tabla (= pintura), del mismo modo el Hijo, por su potencia, transfiere los caracteres paternos desde el Padre en la materia». Forma expresiva, por otro lado, difundida en la época y de la que, p. ej., se hicieron previamente eco el anónimo autor del *De mundo*, 396 b 12-15 y Filón Alejandrino, *De opif. mundi*, 24. Estos textos evocan, razonablemente, el conocido de Valentín, según Clemente de Alejandría: «Cuanto la imagen es inferior al rostro viviente, tanto el cosmos es menor que el Eón viviente. ¿Cuál es, entonces, la causa de la imagen? La grandeza del rostro que ha facilitado al pintor el modelo, para ser honrado por su Nombre...» (*Strom.*, IV, 89, 6, 90, 1)¹⁵.

las relaciones alma/cuerpo y IV 4 (28), 8 ss. sobre la inmutabilidad de la naturaleza del demiurgo, para rematar en el cap. 13 con una referencia directa.

12 Cf. Ch. A. Baynes, *A Coptic Gnostic Treatise contained in the Codex Brucianus* (Cambridge 1933) pp. 12 y 96.

13 Ver lo anticipado por J. H. Sieber, 'An Introduction to the Tractatus Zostrianos from Nag-Hammadi', *Novum Testamentum* 3 (1973) 233-40.

14 Ver F. García Bazán, 'Gnostica. El capítulo 16 de la *Vida de Plotino* de Porfirio', *Salesianum* 3 (1974).

15 Cf. W. Völker, *Quellen zur Geschichte der christlichen Gnosis* (Tübingen 1932) p. 59, fragm. 5. La exégesis correcta de este texto ha sido facilitada por A. Orbe, *Estudios Valentinianos II*, p. 352 ss. y la resume ahora M. Simionetti, *Testi Gnostici Cristiani* (Bari 1970) p. 129 n. 7.

En fin de cuentas. Lo que interesa, nos parece, dejar bien sentado a Plotino en *Enn.* VI 4, 9-10, es que por principio la imagen no es separable de su modelo, para ser un real reflejo ontológico. Ahora bien, una semejante doctrina le preocupa ante todo que sea claramente entendida con sus implicaciones metafísicas frente a los gnósticos, ya que son estos intérpretes los que afirmando la plenitud del Pleroma (=mundo inteligible), hablan, sin embargo, de un mundo que es una imagen desemejante y cortada de su modelo (por una génesis y una constitución del creador, según Plotino a ojos vista fantásica, que el gran neoplatónico también rechaza) ¹⁶. Es natural que ante semejante perspectiva, el indignado maestro griego, no sólo rechazara por anfibológica la imagen literaria del retrato, sino también la del fuego/calor (=sustrato calentado), para no dejar espacio a los reproches. En algunos pasajes de *Enn.* V 8 (31) en relación con *Enn.* I 6 (1) y en V 5 (32), 12, se adivinan procedimientos semejantes ¹⁷, si se leen las *Enéadas* en el nivel de su contexto histórico-literario.

FRANCISCO GARCIA BAZAN *

¹⁶ Cf. *Enn.* II 9, 4, 6, 10-11 y 16.

¹⁷ Así respecto del último caso andaría extraviada la interpretación de J. M. Rist, en *Plotinus. The Road to Reality* (Cambridge 1967) pp. 64-65. Por otra parte, casos paralelos al que nos ha ocupado ahora no faltarían en las *Enéadas*. Así V 9 (5), 4, 14, y VI 4 (22), 1, 7-3.

* El autor es Miembro de la Carrera del Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina.